

LA REVISTA.

PERIÓDICO CIENTÍFICO LITERARIO.

DIRECTOR: D. EMILIO SAENZ.

ADMINISTRADOR: D. JOSÉ M. PASTOR Y MORA.

PRECIOS DE SUSCRICION:

Madrid, un mes.....	4 reales.
Idem., trimestre.....	12 "
Provincias, un mes.....	6 "
Idem., trimestre.....	16 "
Extranjero y Ultramar, trimestre.....	40 "

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Direccion y Administracion, Travesía de San Maleo, 8 y 10, segundo izquierda, donde se dirigirá la correspondencia.

Año I.

Madrid 10 de Diciembre de 1875.

Número 7.

SUMARIO.

Estudios sobre la luz (continuacion).—Azul del cielo (continuacion).—Los amores de mister Krik (conclusion).—El rosario de la aurora (continuacion).—El amor desinteresado.—Isabel la Católica.—Felicitation á N. A. O.—A Concha.—A Maria.—Mi despedida.—Los extremos de la vida (poesías).—Misceláneas.—Charada.—Correspondencia particular.

ESTUDIOS SOBRE LA LUZ

IMPORTANCIA DE ESTA

II.

INFLUENCIA DE LA LUZ EN EL REINO VEGETAL (1).

(Continuacion.)

Tiene lugar en las hojas idéntica funcion que acaece en el pulmon animal; el animal respira y lleva á las vesículas aéreas de su pulmon el aire necesario para transformar la sangre venal en sangre arterial; el vegetal respira y pone en contacto la *savia* ó jugos nutritivos con la atmósfera que penetra por el dorso ó envés de las hojas, mediante sus poros y transforma la *savia* en *cambium*, dotándola con propiedades vitales. Verificase la transformacion y ambos espiran los elementos impropios para esta funcion. Mas en este acto es necesario un estimulante que venga á activar la accion; la luz solar se encarga de ello y descomponiendo, merced á sus propiedades químicas, el aire y el ácido carbonico que la *savia* lleva en disolucion, elabora el *latex* ó *cambium* que desciende á la raíz, aunque por diferente camino llevando en su corriente el carbono que es sustancia tan indispensable al vegetal; para probar esta accion de los rayos químicos de la luz sobre las hojas y demas partes verdes, basta tomar una planta en su mayor estado de lozanía y exponiéndola á la accion del daguerreotipo se notará que todas las partes verdes no se retratan y si lo hacen el tallo, los ramos y demas órganos no verdes, lo cual indica que el vegetal absorbe los rayos químicos por las primeras y que no las reflejan en la lámina del daguerreotipo.

En las plantas acuáticas, el ácido carbónico disuelto en el agua, bajo la influencia de la luz que atraviesa el líquido, se descompone en las células del parénquima y asimilándose la planta el carbono

emite el oxígeno que disuelto en el agua sirve para la respiracion de los animales acuáticos, así como el ácido carbónico que éstos desprenden en el acto de la espiracion, sirve para la respiracion de los vegetales que viven en este líquido, compensacion análoga á la de la respiracion de los mismos seres al aire libre. Sach y otros botánicos creen que la respiracion de los vegetales es idéntica á la de los animales, es decir, que los vegetales por medio de esta funcion absorben el oxígeno de la atmósfera, cuyo gas penetrando en el interior de los tejidos, produce diferentes oxidaciones y diversos cambios químicos en las materias asimiladas, que dan por resultado la formacion y exhalacion del ácido carbónico y agua.

Fúndase esta opinion en que los vegetales, durante la noche, ó mejor en la oscuridad, ejecutan la respiracion de un modo inverso inspirando el oxígeno y aspirando el ácido carbónico. Pero hoy dia esta opinion se refuta diciendo que las plantas durante la noche se hallan en completo reposo ó en una muerte aparente y por lo tanto desprovistos de toda accion vital; en este caso el oxígeno del aire es absorbido por las sustancias que se hallan en el interior, ávidas de él; tales son los aceites esenciales que se apoderan del oxígeno para resinificarse; este fenómeno se observa de la misma manera en los vegetales vivos que muertos, puesto que poniendo en contacto del aire ciertas partes de estos últimos, sus principios resinables absorben oxígeno del mismo modo que cuando están vivos, siendo por consiguiente esta accion puramente química, esto es, combinacion del oxígeno con los aceites y otros principios aromáticos ó volátiles. El ácido carbónico se exhala en virtud de una accion puramente física ó mecánica: por la noche y careciendo el vegetal de accion se halla impregnado de humedad en la que existe disuelto el ácido carbónico que ha penetrado por las raíces ó que ha sido absorbido por las hojas; y como la atmósfera que rodea á las plantas es generalmente más seca, roba la humedad y con ella el ácido carbónico que lleva en disolucion.

Los órganos no verdes de las plantas y desprovistos de clorofila respiran á todas horas como las hojas en la oscuridad, esto es, absorben el oxígeno y exhalan el ácido carbónico; así las raíces, los pétalos, los estambres, etc., absorben constantemente oxígeno del aire, cuyo oxígeno combinado con el

(1) Véase el número 4.º

carbono de los referidos órganos forma ácido carbónico que se esparce en la atmósfera ó se disuelve en el agua donde el vegetal se encuentra sumergido ó bien en la sávia para volver á ser descompuesto.

Tal es la funcion importante que la luz solar desempeña en la respiracion vegetal; pero para comprenderla mejor, nos detendremos á considerar la maravillosa relacion de dependencia que existe entre la respiracion de los vegetales y los animales. El fin ú objeto principal de la respiracion animal no era otro para el filósofo estagirita que el de refrescar el calor natural, es decir, activar la combustion vital, mantener la vida. El animal consume una cantidad inmensa de oxígeno y exhala una no ménos considerable de ácido carbónico, y siendo aquel tan indispensable y éste tan perjudicial, se comprende la necesidad de hacer desaparecer de la atmósfera este elemento y renovar continuamente aquel con nueva fuerza y energía. ¡Y cuán grande es la prevision divina! Los vegetales se encargan de realizar estas continuas renovaciones, y ora en la atmósfera á los animales que en ella habitan, ora en el agua á los seres que moran en este elemento, les surte de la cantidad necesaria de oxígeno que ha de mantener con sus combustiones el calor natural y absorbe el carbono necesario para su existencia y perjudicial para la vida animal.

La respiracion de los vegetales tiene por objeto principal absorber ciertos elementos del aire atmosférico para conservarlos, mientras que en los animales se verifica lo contrario, esto es: se desembara de aquellos elementos que no le hacen falta y que son de absoluta necesidad á la vegetacion. En aquellos puede decirse que es un verdadero acto de nutricion, pues condensan en sí los elementos que necesitan y en los animales es un acto de depuracion, pues que se privan de los elementos que no necesitan.

Para concluir el estudio de la respiracion vegetal permítasenos dos palabras sobre la accion química que la luz produce en los jugos nutritivos y las transformaciones esenciales que acaecen en su naturaleza. La sávia lleva en sí varias sustancias, siendo entre ellas la más principal y la que más contribuye á formar la materia vegetal, el agua, que al combinarse con el carbono que los vegetales retienen mientras desprenden el oxígeno, se fija en sus tejidos y da nacimiento á diversas materias orgánicas. Engendros son de esta union la fécula, la destrina y los diversos jugos que constituyen la planta.

Reasumamos: la luz da la vida á la planta en el acto de la germinacion y conserva y fortalece su existencia activando la respiracion y nutricion vegetal. Mas, llega más allá el poder de la luz, pues por ella el animal respira y vive porque respira y vive el vegetal; tal es la dependencia que la vida vegetal y animal conservan.

(Se continuará.)

CARLOS GROIZARD CORONADO.

EL AZUL DEL CIELO.

(Continuacion.)

Las personas algo versadas en el estudio de la naturaleza saben que los físicos suponen probable, con visos de certeza, la existencia de un Océano etéreo que llena el universo: en él están sumergidos todos los astros y él mismo baña tambien los átomos de los cuerpos, pues tan sutil como inmenso penetra por sus poros con mayor facilidad que el agua atraviesa los agujeros de una criba ó el aire las mallas de finísimo cendal. La luz procedería en esta hipótesis del oleaje etéreo que salvando los profundos senos del espacio, nos advierte de la vibracion de los soles, lo que pudiéramos llamar su vida, porque á torrentes brota la nuestra por la misteriosa accion de su luz, así como las olas espumosas que azotan la playa nos avisan la tempestad lejana y el furor de los vientos desencadenados; y no de otra manera el aire trasmite en ondas sonoras los acordes y melodiosos trinos de las aves y el estentor horrisono del trueno; á pesar de las variadas sensaciones producidas en cada caso, el físico lo reduce todo á meras vibraciones, más o ménos intensas, diferentes en rapidez y en amplitud segun las circunstancias, pero que transmitidas por un medio interpuesto, conmueven el nervio capaz de despertar la impresion en el cerebro, es decir, que los nervios de cada sentido responden como las cuerdas de un arpa sólo á determinadas notas musicales. Por eso la retina y el nervio óptico que vibran á compás de las ondas más cortas y velocísimas de la luz, son insensibles al intenso calor concentrado en el foco de una lente.

Todavía se lleva más adelante la comparacion entre la luz y el sonido: así como los tonos y notas de una escala dependen del número de vibraciones producidas en el mismo tiempo, de igual modo los diferentes colores, la gama del iris resulta de la relacion entre los choques de las ondas etéreas contra la retina, los cuales durante un segundo se cuentan por centenas de trillones, y siendo por lo tanto la longitud de las ondas del rayo el doble proximalmente que las del color violado cuyas vibraciones se repiten con frecuencia vez y media mayor.

E. LOZANO.

LOS AMORES DE MISTER KRIK.

(Conclusion.)

Esperé un buen rato y salí de mi madriguera deseando avisar á mi amigo de lo que se tramaba en contra suya. Preocupado con esta idea no reparé en el camino que seguía hasta que me detuvo un riachuelo. Entonces conocí mi error y mi desgracia, pues la luna empezaba á desaparecer, y en breve debía encontrarme solo y á oscuras en un país completamente desconocido, cuando pendia de mí la vida de un amigo. Quise encontrar mi camino y sólo conseguí internarme en una selva á través de la cual apenas podía dar un paso. Para colmo de mis desdichas, la luna se ocultó por completo como había previsto, envolviendo la espesura en densísimas tinieblas.

Comprendiendo que era inútil moverme hasta que alumbrase el sol, subí á uno de esos grandes árboles llamados baobabs donde pasé una noche horrible esperando recibir á cada momento alguna visita de los habitantes de aquellos bosques con el objeto de celebrar un suculento festín con mi persona, y al mismo tiempo con la inquietud de no poder desbaratar los infernales planes de Richard Brahma.

Apuntó por fin el sol y como un loco empecé á correr por el bosque gritando desesperadamente con la esperanza de que me oyese algun sér humano. Así pasé dos horas y ya creía que mi destino era perecer abandonado, cuando oí alegres voces entre la espesura.

—¡Socorro á mí!—grité.

—¿Quién llama?

—Un desdichado que anda perdido.

Pasaron algunos segundos y por entre la maleza aparecieron dos indios que se me acercaron con desconfianza. En breves palabras les conté lo que me ocurría y terminé proponiéndoles me condujesen á casa de mister Krik. Entonces uno de ellos, dijo:

—Es que si dejamos de cortar leña, perderemos una rupia.

—Bien; les contesté yo; os daré cuatro.

Convencidos por aquel argumento, entre ambos leñadores, me puse en marcha y dos horas después me hallaba ante la verja de la casa de mi amigo. Aboné lo prometido á mis guías y me precipité en la habitación gritando á los criados que me miraban con asombro mi traje hecho girones.

—¿Dónde está vuestro señor?

El kitmutgar que hacia de portero, me contestó:

—Hace media hora que ha salido llevándose el traje de baño y presumo...

—¿Pero ahora en qué sitio se encuentra?

—En el arrecife de Kalí.

—Vamos, porque peligra la vida de tu amo. Vamos repetí desesperado, pues en media hora Krik habia tenido tiempo de caer en manos de su enemigo. Andamos unos minutos, y el kitmutgar, señalándome un grupo de indios formando círculo á orilla del mar:

—De allí ha salido, dijo.

Al oír esto eché á correr como un loco dejándome al criado que indudablemente creeria que lo estaba de veras. El grupo se componia de tres ó cuatro pescadores bengalis que miraban con atencion al arrecife. Pregunté por mi amigo y uno de ellos dijo, señalándome las rosas negras que indicó Richard á su acompañante la noche anterior, que Krik habia llegado hasta allí con gran ligereza y creían debia estar cerca del templo de Kalí. Sólo les extrañaba no verle como al hijo del Rajá que percibían á lo lejos.

—¡Pronto una lancha! grité, ¡tal vez viva aún!—y sacando cuanto dinero llevaba lo enseñé á los bengalis.

—Todo esto para el que la traiga.

Los indios corrieron hacia un barquichuelo varado en la playa y dos minutos después volábamos hacia las Rocas negras. Como estas son inmensas, no podía ver nada, y una cruel incertidumbre me devoraba pensando sólo si llegaría á tiempo de salvarle.

Llegamos á los peñascos, y apenas habíamos doblado el primero, cuando los remeros gritaron á un tiempo:

—¡Ahí está!

Efectivamente, sobre una roca casi cubierta por el agua se hallaba mi amigo, que al verme alzó los brazos al cielo, como dándole gracias por mi llegada.

—Pero Krik, exclamé yo, ¿qué pasa? ¿qué significa todo esto?

—Nada, contestó. Mira estoy sitiado por un caballero que acaba de salvarme la vida, y al decir esto señaló una masa negruzca flotante entre dos aguas. Al verla los indios gritaron con el mayor espanto:

—¡Un tiburón!

—Y ha hecho presa,—añadió uno de ellos.

Con efecto, empujados por la marea creciente unos restos humanos chocaban contra las peñas del arrecife. De aquel desgraciado, sólo quedaban la cabeza, un brazo y la parte superior del pecho.

Arrimamos nuestra lancha y Krik saltó á ella; me dió un fuerte abrazo y mandó á los remeros que nos llevasen á la escalera del templo de Kalí. Antes, sin embargo, hizo subir á bordo y envolver en un trozo de tela los despojos que sobrenadaban, y comprendiendo mi curiosidad, empezó así su relato:

—Esta mañana, y á la hora convenida, salí de mi casa de modo que nadie me viese excepto el portero, al cual prohibí que te dijese nada. De esta manera podía dejarme ahogar como te dije, si Richard me vencía en ligereza sobre el agua.

En la playa encontré á mi rival, y después de los indispensables cumplidos, nos lanzamos al mar. A los pocos momentos noté con extrañeza que Richard en vez de tomar la línea recta como yo, daba un gran rodeo para salvar el arrecife. Aproveché la ocasión, y al llegar á esas peñas tenía sobre él una gran ventaja. Nadaba alegre y contando con el triunfo, cuando dos manos me agarran el cuello por detrás y me hunden en el agua. Creíme ahogado, pues á mis desesperados esfuerzos oponía mi desconocido enemigo una fuerza prodigiosa. De pronto creo oír un grito, me siento libre, subo á la superficie, y veo ese trozo de hombre y un enorme tiburón que acababa de engullirse lo restante; como una flecha me subí á aquella roca donde mi situación era ya desesperada, pues la marea empezaba á cubrirla, y por consiguiente, el tiburón debia en breve hallarse á mi nivel, cuando has aparecido tú y has salvado la integridad de mi individuo. Ahora me falta saber por qué milagro has llegado aquí tan oportunamente.

Entonces le conté mis aventuras nocturnas y con el fin de mi relato coincidió nuestra llegada á la isla de Gondra. Allí tras de esconder entre la maleza los restos del emisario de Richard, nos dirigimos á la quinta de Dikson.

Un kitmutgar á quien preguntamos, nos dijo que sus dueños estaban en el comedor, con un caballero llegado poco antes nadando á la isla. Krik cortó los mil comentarios del sirviente, se hizo anunciar, y dos minutos después entrábamos en el comedor.

En torno de una espléndida mesa, se hallaba un

anciano respetable y una bella rubia cuyos ojos daban á entender había llorado hacia poco espacio. Eran mister Diksons y su hija. Entre ambos se encontraba Richard Brahma, pálido y afectando una serenidad que no tenía. Dominando sin embargo su emoción, tendió la mano á Krik. Este, sin tomarla, le miró con altivo desprecio, y dirigiéndose á Diksons que nos invitaba á comer, le dijo con vehemente energía:

—Perdonad, mister, pero yo jamás alterno con miserables asesinos. Salid de aquí, Richard.

Este al oír aquellas terribles palabras, se levantó como si le hubiese mordido una víbora y desapareció con la misma rapidez, creyendo sin duda que el asesino le había vendido.

Diksons en el colmo de su sorpresa preguntó á Krik.

—¿Qué significa esto?

Mi amigo tomó entonces la palabra, contó todo lo que os he referido y terminó diciendo que podían cerciorarse de la verdad de los hechos viendo el cadáver que habíamos traído en nuestra lancha.

Jeny dirigió á Krik una dulcísima mirada de amor y reconocimiento y Diksons después de darnos un cordial apretón de manos:

—Voy á poner en marcha á mis agentes, dijo, para que prendan inmediatamente á ese malvado.

—Deteneos, replicó Krik, para qué enturbiar la alegría de nuestras bodas con procesos y ejecuciones. Bastante castigado está el miserable con el espectáculo de nuestra felicidad. Además, apenas existen pruebas que valgan ante un tribunal.

—Pues que así lo deseais, sea, pero lo arreglaré de modo que salga para siempre de nuestro territorio.

Dos semanas después y mientras Richard, á causa de un motin de cipayos salía desterrado á Nueva Zelanda, celebrábase en la misma quinta de Gondra la boda más espléndida que han presenciado los bengalís de este siglo.

Yo fuí naturalmente el héroe de la fiesta, y tanto brindé con todos y por todos, que á mitad del baile hube de retirarme á mi habitación; por este motivo no recuerdo bien todos los detalles; sólo sé que Jeny estaba radiante de hermosura, y mister Krik loco de felicidad.

Así terminó su historia el jóven viajero y permanecimos aún haciendo comentarios, cuando el mayoral subió á anunciarnos que la diligencia podía marchar en el momento. Por este motivo se concluyeron las historias aquella noche y la que he referido quedó archivada en mi memoria como la más digna de ser recordada.

AUGUSTO D.

EL ROSARIO DE LA AURORA.

(Continuación.)

—Es ella, porque mire V. S. el retrato que nos han dado para buscarla.

El alcalde entonces plenamente convencido

mandó recoger al herido, y él ayudado por dos de los alguaciles levantó del suelo á Mariquita, determinándose á llamar en una casa que á la derecha estaba, con el objeto de recoger allí á la jóven. en efecto, así lo hizo, y una vez hecho esto, se encaminó, seguido de su ronda, á casa de los marqueses de*** que vivían cerca del real alcázar; llegado que fué á la casa, asió el llamador de la puerta, y descargó sobre ella dos sonoros golpes.

A poco la puerta se abrió, apareciendo sobre el dintel una mujer que claramente su semblante indicaba que estaba inquieta y con zozobra; al ver á la justicia, echó á correr hácia la parte de adentro, gritando:

—Señor, señor, que viene la justicia, ¡ay Dios mío! que pasará, si le habrá sucedido algo al señorito Andrés.

Al ruido acudieron varios criados, y por un pasillo que daba al portal, apareció la figura severa y majestuosa del marqués de***. Su semblante estaba demudado, y el negro traje que cubría su cuerpo le daba un aspecto, á la par que fantástico, siniestro: al ver al alcalde que permanecía con la ronda en la calle se descubrió, y con voz hueca exclamó:

—Pasad, señor alcalde, pasad; vuestra venida, aunque para mí muy honrosa, me indica que algo grave ocurre en mi familia.

Y marqués y alcalde siguieron á lo largo del pasillo, penetrando en una sala lujosamente amueblada, donde el marqués invitó á tomar asiento al alcalde, haciéndolo igualmente él. Un rato de pausa medió entre ambos, como dudando, el marqués, temeroso de saber lo que motivaba la presencia del alcalde en su casa.

El alcalde sin querer romper el silencio.

Al fin éste empezó diciendo:

—Señor marqués, siento ser portador de una triste nueva; pero creo que V. sabrá resistir este golpe, y se armará de fuerzas para ello.

—Hable V.—dijo todo impaciente el marqués—que le escucho, y crea que sufriré este golpe como he sabido sufrir otros.

—Pues bien, señor, esta mañana al retirarme con mi ronda pasaba por la esquina de la calle de la Solana, cuando un griterío atronador, el correr la gente y ver varios sacerdotes que se encaminaban á toda prisa hácia San Andrés, me indicó que algun nuevo escándalo tenía lugar con el *Rosario de la Aurora*; me acerqué á donde sonaban los gritos, y un cuadro desgarrador se presentó á mi vista, un hombre tendido en el suelo y bañado en sangre á un lado y una jóven desmayada al otro, fué lo que primero ví: me acerqué con el farol para ver bien el semblante de la jóven, y dudé al pronto, pero me convencí, señor marqués, que era... vuestra hija.

Dió un salto sobre su sillón el venerable marqués, llevóse las manos á la cabeza, como si temiese se le escapase, un grito penetrante y agudo exhaló, y quedó inerte; estaba desmayado.

E. SAENZ.

(Se concluirá.)

EL AMOR DESINTERESADO.

El amor, como acertadamente lo pintan infinitos autores, es una inclinación irresistible hacia lo bueno, lo bello, lo ideal y lo admirable, y en nuestro entender sólo es comparable con el talento, si se tiene en cuenta que éste es la divina chispa que da luz á la vida intelectual y la mantiene libre de todo monopolio ruin, nacido de la ignorancia y de la falta de amor. Lo mismo el amor que el talento son semejantes al rayo luminoso que disipa las sombras de la noche, que ensancha el corazón, y lleva el consuelo al afligido, la paz al triste, la esperanza al ser desgraciado que puebla la tierra. Si el talento sirve para animar la belleza de la mur, el amor es el que imprime á los dos sexos el pegamento á la vida, y crea el arte. Sin amor no habría sociedad, familia ni trabajo, pues según un celebre economista, el hombre trabaja entre otras cosas por el amor que se tiene á sí propio y á su prójimo: no existiendo este amor, se anula el hombre para el trabajo y se abandona.

Léjos de nosotros toda pretensión de que usamos el lenguaje escogido, y más léjos aun la idea de que no damos motivo á que pueda criticárenos de buscadores de frases floridas, de aquellas que tienen á mano los llamados *eruditos á la violeta*; las menciones de nuestro apreciable periódico, que nos presta sus columnas, no nos permite extendernos en las consideraciones filosóficas que un tanto tan gastado requiere: el motivo que en muy pocas palabras pensamos proponer á la consideración de nuestros muy queridos lectores, fácilmente comprende al leer el epígrafe de este artículo.

Que el amor debe ser noble, leal y desinteresado: estas son las condiciones esenciales para que el amor pueda ser aceptado como bueno: que ni el hombre ni la mujer deben mirar ocasiones de lucro en su correspondencia mútua; y que lo mismo el hombre que la mujer, el padre que el hijo, deben limitarse al puro y entrañable cariño, sin dar entrada á la ambición ni á la esperanza de un bienestar futuro, fundado en los bienes ficticios de la tierra que pertenecen ó nacen de la unión mundana, y no de la naturaleza misma, como lo es real y verdaderamente el amor: hé ahí nuestra proposición.

Comprenderán nuestros lectores que ésta no es una enturpada, con sólo fijarse en algunas consideraciones y en los diferentes ejemplos que por desgracia nos presenta el mundo: una vez se advierte á un ambicioso jóven gastado por los vicios, estudiando la manera de dirigir sus pretensiones á una hija dulce como su modestia, llena de gracias y atractivos, rica además en bienes materiales; buscando en ella esta última circunstancia y no la herencia, suponiendo con criminal fingimiento una influencia que no existe, para alucinar á los padres la víctima, y soñando que una vez unido á ella degradará hasta que villanamente la arroje de su propia casa: otra vez vemos que el ojo perspicaz del especulador inmoral se fija en una herencia extraordinaria, con sólo la idea de venderla

ó jugarla en el banquillo de los taures: allí aparece uno que haziendo del mundo y hasta de petardear á sus amigos y conocidos, se presenta como el tipo escogido á una de las infinitas viudas que acuden á Madrid en busca de maridos de buena estampa: allí se nota un mancebo macilento, demacrado por el vicio, cuya desnudez y semblante anuncian el frío y el hambre, ofreciendo su mano á la dueña de su pupilaje: más á la vista resalta por su osadía y sus bigotes una especie de potentado que pasea en coche descubierto, ofreciendo protección á todo el mundo, escudriñando las moradas de las solteras cotorronas, pero ricas, para ofrecerles su mano; y otras veces, en fin, se presentan cuadros no menos repugnantes que debia rechazar la sociedad, que, sin embargo, da cabida á esos seres que la manchan, pero que son acogidos con exquisita solicitud y aplauso.

Empero lo que con más dolor advierte la parte honrada de la sociedad, es la injusticia con que otra parte de ella cierra la puerta á la virtud rechazando al jóven honrado y estudioso, que sin estar desnudo de fortuna se atreve á fijar su mirada en una jóven de castaños cabellos, ojos negros fascinadores y facciones comparables únicamente con una virgen de Murillo, sin mirar para nada su condición social pecuniaria; y aquel jóven, como no es petardista, como no es rebuscador de gangas, como no pasea en coche fiado, como no escandaliza fingiendo protección (que para él la quisiera), ni caudal, se ve expuesto á un desprecio que redundará en perjuicio de la sociedad, de la moral y de la jóven que llegará á encontrar un hombre de cultura, de urbanidad y de buenas maneras á quien vió en su sueño virginal. ¡Maldita sociedad que así distingue lo bueno de lo malo! y esa misma sociedad, como lo canta la doctora avilanesa en sus poesías místicas, es la que ejercita su lengua contra las desgraciadas que llegaron á alcanzar un hombre *tipo* de maridos: esa misma sociedad escupe al rostro á la mujer que al fin tiene que escaparse de la fiera que la engañó, de la hiena que la arruinó, del bruto que la abrazó sin conocer el amor, escarneciéndola, y esa misma sociedad por último, es la que trata con menosprecio al jóven honrado que sin haber vivido el tiempo necesario para aprender el mal, pretende dedicarse al cultivo del amor y de la amistad más desinteresada.

Nuestros queridos lectores verán indudablemente en las cortas líneas que preceden, que hemos acertado al lamentarnos de la conducta que una parte de la sociedad infatuada por el lujo y los relumbros sigue rindiendo culto á esos falsos ídolos del amor y rechazando los espíritus angélicos de una juventud llena de fe, de religión y de notable afecto á lo sério, digno y adorable.

Pero las reglas tienen sus excepciones, y así como hay jóvenes tan formales, tan llenos de fe y tan faltos de la protección de la sociedad, hay otros por el contrario, que son muy favorecidos de la fortuna.

A unos y á otros dirigimos nuestras líneas sin mas deseo que aconsejarles no desconfíen como desconfían todos, porque debe esperarse con razón llegue el día en que caiga la venda de los ojos de algunos padres que no permiten casamientos iguales y que

sólo desean hallar en una esfera más elevada que en la que ellos se encuentran, el hombre á quien entregar la mano de su hija. Esto no alude á los buenos padres, que indudablemente procuran lo mejor para sus hijos marcándoles la ruta que deben seguir en el camino de la virtud que conduce al templo de Himeneo á impulsos de un *amor desinteresado*.

RUSEBIO INIGUEZ Y BARRANQUERO.

Madrid 19 de Noviembre de 1875.

ISABEL LA CATÓLICA.

(Conclusion.)

Con este rasgo, España descubrió un nuevo mundo, se hizo potente, y dentro y fuera, allende y aquende de los mares sonaba su nombre dulcemente en unos puntos, guerreramente en otros. Magnífico reinado, página brillante de nuestra preclara historia, galardón precioso que nos encumbró tan alto y por el cual aún somos algo. La conquista de Italia, unidad de la monarquía, descubrimiento del nuevo mundo, agregación de los maestrazgos á la corona, humillación de la nobleza y otros grandes hechos son las mejores palabras y mejor defensa que hacer puede mi débil pluma de tal período.

Pero tanta grandeza, tan bello porvenir no podía ser duradero, y así sucedió que quebrantada la salud de la reina en gran manera por la azarosa vida que llevaba, fué causa de su muerte, terminando con ella por algun tiempo la grandeza y poderío de España. Su muerte fué la señal de trastornos y nuevos desórdenes en la nobleza, que si por algun tiempo habia permanecido callada, no habia cambiado y era la misma de siempre, discola y rebelde.

Vemos sucederse con pasmosa rapidez las regencias de Cisneros y de Fernando; un reinado efímero por su duración, cual es el de doña Juana y Felipe, apellidado el Hermoso, no logra nada, y sólo hasta que un Carlos I aparece por el horizonte de la revuelta España no cesa el trastorno y se afianzan los derechos de todos: este rey fué sin duda destinado por la Providencia y el encargado de asegurar y poner en ejecución las vastas conquistas y grandes reformas hechas por Isabel la Católica.

Todo lo que hoy somos, todo lo que poseemos, y como en mi anterior artículo dije, el que nuestro nombre sea aún respetado, á ella se lo debemos, y sin disputa alguna puede el pueblo español enorgullecerse al decirlo; pues nación alguna cuenta timbres tan gloriosos como los de aquel reinado.

¿Qué se ha hecho de tanto poderío? ¿Qué de tanta pujanza? ¿Dónde están aquellas célebres batallas en las cuales el soldado español hacia morder la tierra á los más orgullosos soberanos, y tenia victorias donde se presentaba y ciudades donde su vista dirigia? ¿Qué se ha hecho de aquellos capitanes que cada día agregaban un florón más á la brillante y poderosa corona de sus reyes? ¿Dónde aquellas escuadras, asombro de todos, las que en singulares combates izaban orgullosas sobre sus palos mayores la bandera nacional?

Todo esto se ha perdido, es cierto por desgracia; pero aún estamos llenos de amor á la patria; aún

nos temen, y cuando más dormido parece el español más pronto salta; aún contamos en los modernos tiempos un Trafalgar, una guerra de la independencia, un Africa, un Callao; aún somos españoles; sí, la sangre de nuestros antepasados circula por nuestras venas, y aunque sufridos no aguantamos humillaciones; aunque débiles, somos fuertes.

Velando siempre por nuestra herencia y pensando que puesto que mucho hemos sido, quizá lo vamos á ser, cuando suene la hora del peligro desmentiremos que Isabel la Católica fué nuestra reina.

A. ESTRADA Y CAMBA.

FELICITACION (1).

AL SEÑOR DON N. DE A. Y O.

Cuán grande es la admiración
que ahora siente el alma mía;
y qué débiles que son
los ecos de mi canción;
y qué faltos de armonía

.....
.....

¿Qué ves en tu derredor?

Nada de dolor ni penas,
sólo cariño y amor,
que nunca puede el dolor
romper tan dulces cadenas.

Ves á tu lado una esposa,
que en tu semblante se mira,
y que sólo espera ansiosa
tu regreso, y cariñosa
al verte, por tí suspira.

Vuelve la vista á otro lado,
mira tres semblantes fijos;
¡si vieras cuánto han llorado!
¡Si supieras qué esperado
has sido por tus tres hijos!

Y todos los que aquí están
hoy, ansiosos te rodean
y á tu lado siempre van,
y con delicioso afán
hablándote se recrean.

¿Y cómo no han de admirarte?
dij; ¿cómo no han de quererte?
Lo que has sabido ganarte
lo ha hecho el trabajo y el arte,
nunca el azar y la suerte.

Mucho, es cierto, has trabajado,
mas tus afanes prolifjos
su objeto han visto logrado;
sí, padre; que tú has labrado
el porvenir de tus hijos.

Mas no te quiero cansar:
sé feliz, hombre dichoso,
te doy cuanto puedo dar;
mi lira... débil cantar,
mi alma... afecto cariñoso.

RICARDO VALVERDE Y DE VALLS.

(1) Esta poesía fué leída la noche del 6 del actual en la reunión N. de A. y O.

A CONCHA.

Aunque haga frio
aires y lluvia,
truena, granice
ó haga calor,
para abrigarte
nunca abandones
la toquillita
y el pañolon.

Tápate, Concha,
si ese es tu gusto;
mas no lo hagas
tanto ¡por Dios!
que ocultes niña
tus lindos ojos,
y que me prives
de ver el sol.

MARIANO DE LARRA Y OSSORIO.

LO QUE ES AMOR.

A MARÍA.

Vivir, si vive quien sufriera amando,
Llorar de dicha, de placer henchido,
Iracundo unas veces, tierno y blando
Tranquilo y dulce del amor rendido,
De una beldad las gracias admirando,
Como meta del bien apetecido;
Y si á esto amor el mundo ha llamado
De amor me tienes á tus piés postrado.

J. M. P.

Madrid 20 de Noviembre de 1875.

DESPEDIDA.

Adios, hermosa María,
Adios, mi sol de bondad,
Que alumbras la inmensidad
De la ya triste alma mia.
Hoy un pobre en su agonía
El último adios te da,
Acéptalo, pues, quizá
Nunca más podrá ya verte.
Y ni el suspiro de muerte
Siquiera enviarte podrá.
Si algun dia has padecido,
Si alguna vez has llorado,
Recordando al desgraciado
Que por ti tanto ha sufrido,
Ne te pese haber vertido
Este llanto bienhechor,
Que alivia en tanto al dolor,
Pues éste por quien penabas,
Y por quien tanto llorabas,
Llorando estaba de amor.
Disfruta alegre y dichosa
En los brazos de otro amante
Las dichas que hace un instante
Sentias por mí gozosa.
Oye su voz amorosa,

Que yo en tanto rogaré
Al cielo, para que os dé
Largos años de ventura.
Pues al ver desde la altura
Que disfrutais, gozaré.
Únicamente te pido
Que derrames dulcemente
Alguna lágrima ardiente,
Al entregarme al olvido.
Pues este llanto vertido,
En tan propicia ocasion,
Caerá sobre el corazon,
Sirviéndole de ropaje,
Para emprender el viaje
A la celeste mansion.
Adios, pues, hermosa estrella,
Angel puro de mi amor,
Cuyo ígneo resplandor,
Del bien marcaste la huella.
Y cuando alegre hácia ella
Mis pasos dirigí yo,
Oscura nube empañó
Aquel resplandor divino,
Y perdido ya el camino
Mi cuerpo desfallecia.
No te acuerdes más de mí,
Haz por borrar de tu mente
El recuerdo impertinente
Que aún me atrae hácia tí,
Olvida lo que sufrí,
Desprecia cual sombra inerte
Los recuerdos que la suerte
Te envíe del sér amado,
Pues él ya estará apresado
Por los brazos de la muerte.
Adios... perdon... ya no puedo...
La pluma tiembla en mi mano,
Y un poder sobrehumano
Me impresiona, tengo miedo.
Aquel antiguo denuedo
Y aquella fuerza temida
Lo he perdido en esta vida
Donde sólo muerte miro,
Sólo me queda un suspiro
Que darte en mi despedida.

JOSÉ A. VIDAL.

LOS EXTREMOS DE LA VIDA.

Bella es la vida cuando goza el alma
algun grato solaz;
Bella es la vida cuando aquesta pasa
entre la hermosa paz.
Triste es la vida si se siente en ella
tan sólo decepcion;
Triste es la vida cuando sólo presta
martirio al corazon.

Bella es la vida que apacibles horas
nos hace disfrutar;
Bella es la vida si ésta nos presenta
los ratos del gozar;

Triste es la vida cuando al pecho oprimen
las horas del sufrir;
Triste es la vida y ¡ay! no se concibe
querer así vivir.

¡Bella es la vida que en dichosos goces
la vemos deslizar!

¡Triste, muy triste, si en penar continuo
la vemos ¡ay! pasar!...

M. GARCÍA DEL REY.

MISCELANEAS.

En Almagro, provincia de Ciudad-Real, ha sido descubierto un fraile calatravo en completo estado de conservacion, el cual se halla depositado en un mísero cajon en la parroquia de San Bartolomé: deseáramos que las personas interesadas se tomasen más cuidado para remediarlo.

Han entrado á formar parte de nuestra redaccion nuestros particulares amigos D. Ricardo Valverde y Vals, D. Luciano Arredondo y D. Julian Perez Cardós.

Hemos tenido el gusto de recibir un número del periódico titulado *La Guía del peluquero*, al que le deseamos gran prosperidad y le damos las gracias por su visita.

Ha salido para sus posesiones de Almagro el señor D. Tomás Almodóvar y Gil, hermano de nuestro particular amigo D. Agustín Almodóvar y Gil.

El día 14 del presente tendrá lugar en el teatro de la Alhambra una funcion dramática, cuyos productos se destinarán para redimir del servicio militar á un individuo del Liceo Moreto, ponténdose en escena la comedia en tres actos y en verso de nuestro querido amigo y colaborador D. José Marco, titulada *La feria de las mujeres*, tomando parte en ella las señoras Gutierrez, Villanueva y Valle y los Sres. Anglés, Muñoz, Olmo y Ligero, terminando la funcion con el drama en un acto de D. Marcos Zapata titulado *La bola negra*.

No dudamos que con este motivo el teatro esa noche estará concurridísimo.

En el mismo teatro se pondrá pronto en escena el drama titulado *Los dos tremendos*, de un conocido autor, expendiéndose billetes en la administracion de este periódico á precios baratísimos.

Han dejado de pertenecer á la redaccion del periódico que verá la luz pública, dentro de algun tiempo en esta córte titulado *El Iris*, los Sres. Don Francisco Javier Betegon y D. Urbano Fernandez, por no estar conformes con la marcha que seguirá dicho periódico.

Nuestro querido amigo y compañero D. Alonso de Ojeda y Romano, se halla enfermo aunque no de gravedad, por cuyo motivo no se ha podido publicar en este número la revista de teatros, falta que subsanaremos en el próximo número.

Deseamos la pronta mejoría de nuestro amigo.

Hemos tenido el gusto de ver el título de marqués de Alava, magnífico trabajo caligráfico que para el Sr. Zulueta ha ejecutado el célebre pendo-lista Sr. Palomero. El trabajo, que es de un gusto

exquisito, y está ejecutado con singular maestría, no dudamos proporcionará pingües honorarios al artista. Damos la enhorabuena al Sr. Zulueta, por haber tenido el acierto de encargar esta obra al señor Palomero, y á éste le enviamos las muestras de nuestro aprecio y admiracion.

Por un error involuntario omitimos en la reseña de la exposicion de labores que ha tenido lugar en el colegio de Leganés, y que publicamos en el número pasado, el nombre de la señorita doña Esperanza Perez de Castro, siendo así que se distinguió mucho por sus labores.

Durante la enfermedad de nuestro amigo don Alonso de Ojeda y Romano, queda encargado de las Revistas Teatrales D. Manuel Pastor y Mora, hermano de el Administrador de la REVISTA.

El martes tuvo lugar en Palacio el acto de crearse como caballeros grandes cruces de Carlos III algunos señores que todavía no lo habían verificado.

La ceremonia que empezó á las diez y cuarto terminó á la una poco más.

Asistió S. M. el rey, como jefe de la órden acompañado de los señores duques de Santoña, condes de Puñonrostro, Sástago y otros que no recordamos.

S. A. R. la princesa de Asturias asistió á la tribuna acompañada del infante D. Luis de Borbon Braganza.

Solucion á la charada inserta en el número anterior

CABALLERO.

CHARADA.

Prima y segunda en zarzuelas

Casi siempre lo verás;

Primera, segunda y tercera

En la flor encontrarás;

Mi cuarta con la primera

Si no lo eres lo serás,

Y la quinta con la tercera

Muy frecuente es en el mar.

Mi todo está en matemáticas,

Con que no te digo más.

A. ALMODÓVAR.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE «LA REVISTA.»

Alicante.—Suscriptor L. P. O. Recibidás sus suscripciones. Se le dan las gracias.

Sevilla.—H. R. T. Sírvase usted enviar su importe de suscripcion en letra de giro.

Oporto.—Juan Tes. Recibido su artículo y se insertará. Guadalajara.—M. A. No es posible enviarle los 100 periódicos que pide; aviselo á sus compañeros.

Ciudad-Real.—A los Sres. A. S. J. C. y R. T., comisionados:

La redaccion de LA REVISTA felicita y da las gracias á sus compañeros de esa localidad, por su banquete en honor de nuestra publicacion.

Almagro.—H. G. I. Nos es imposible servir las suscripciones desde el primer número.

Orense.—P. A. N. Pueden venir cuando gusten á los asuntos que hay que tratar y tengan la bondad de cesar de hacer suscripciones en esa del mes de Octubre.

Santoña.—Se ruega al suscriptor T. O. que no vuelva á mandar original.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD TIPOGRAFICA

Flor alta, núm. 1.